

"Primer Congreso de estudios sobre el peronismo: la primera década".

Eje temático sugerido:

Política y partidos. (Coordinadores: Carolina Barry-Leandro Lichtmajer)

Título: *La compleja relación entre el Partido Comunista Argentino y el peronismo: (1943 – 1955)*

Autores:

- **Prof. Andrés I. Gurbanov**
- Acoyte 1429 5to. C, C.P. 1414, Ciudad de Buenos Aires (4855-3736, agurbano@hotmail.com)
- **Prof. Sebastián J. Rodríguez**
- Nicaragua 4476 1ro.A, C.P. 1414, Ciudad de Buenos Aires,(4832-4310, sebasMari@tutopia.com)

Pertenencia institucional: Facultad de Filosofía y Letras - Facultad de Ciencias Sociales - UBA

1. Introducción: la cuestión del antiperonismo comunista

Este trabajo es un estudio de los cambios en la postura del Partido Comunista Argentino (PCA) frente al peronismo durante el período comprendido entre el ascenso de Perón al poder y el golpe de Estado de 1955. Nuestra intención es estudiar cuáles fueron las fuerzas que determinaron en cada momento las distintas visiones e interpretaciones que el comunismo hizo del peronismo, así como las acciones encaradas por el PCA a partir de esas diferentes lecturas. Nos proponemos, además, llenar un bache historiográfico en lo que respecta a la historia de dicho partido.

Las visiones tradicionales sobre la historia del PCA han sostenido, por lo general, que el comunismo adoptó una postura fuertemente opositora frente al peronismo en todo el período que trata nuestro trabajo. El sustento de esta idea es doblemente endeble: por un lado, se basa en documentos propios del PCA elaborados durante el período 1943-1946, pero ignorando el devenir histórico posterior; por otro lado, se repiten sin cuestionar argumentos elaborados por corrientes políticas opuestas al PCA, que dibujan un perfil antiperonista del comunismo local, inmutable desde aquellos primeros años de “formación” del fenómeno peronista. Nuestra intención, para superar ambas limitaciones, es relevar lo que hemos denominado la “postura oficial” del Partido Comunista frente al gobierno peronista, es decir, aquella que surge de los escritos emitidos desde la cúpula de la organización, no sólo en el período de gestación del peronismo, sino también frente al ejercicio que aquél hiciera del gobierno del Estado. Dicho de otra forma: si por lo general se piensa que la dirección del partido fue, es y será antiperonista de raíz, el primer paso obligado para intentar cuestionar esta imagen es el de estudiar lo que los comunistas de esos años plantearon sobre el peronismo, pero que un velo de necedad –construido por la sencillez de repetir hasta el hartazgo lo que creemos saber y la comodidad de adoptar posturas ya elaboradas por otros– nos impidió percibir con nitidez.

Como vimos, es un lugar común asumir que el PCA tuvo una posición fuertemente antiperonista, adoptada tempranamente a partir de las primeras apariciones públicas del coronel Perón, y cuyo punto culminante fue la participación activa y militante del comunismo en la Unión Democrática en 1945/46. Y es también parte del sentido común, dado el evidente carácter de clase del triunfo electoral peronista, ver una contradicción en dicha postura del PCA, tratándose de un partido supuestamente proletario. Para dar cuenta de esta contradicción, se han ensayado dos posibles “explicaciones”: o bien el Partido Comunista habría “traicionado” a la clase obrera en su decisión de enfrentar a Perón en 1946, o bien –en una versión más edulcorada de esta misma idea– habría cometido un “error histórico” que resultaría en un distanciamiento casi definitivo respecto de los trabajadores argentinos.

Como exponentes de la primera versión encontramos a la mayoría de los estudios y ensayos elaborados por intelectuales de izquierda quienes, desde comienzos de la década de 1960, comenzaron a ver en el peronismo una posible vía al socialismo, siendo este movimiento incompatible con las anteriores dirigencias del movimiento obrero, sobre todo socialistas y comunistas.¹ Es de notar que entre éstos intelectuales encontramos ex-integrantes del PCA, como es el caso de Rodolfo Puiggrós, lo cual parecería otorgar una mayor solvencia a la ya mencionada idea de “traición”.

Además, esta línea fue catapultada gracias al apoyo que consiguió de parte del propio peronismo y tendió, con los años, a opacar una lectura menos lineal y más compleja de la postura de los comunistas hacia el gobierno peronista. Fue constituyéndose de esta manera una suerte de “falsa” historia oficial del PCA, escrita por ex integrantes del partido que se habían acercado a las filas del peronismo. La idea de la “traición” fue difundida en forma acrítica también por intelectuales como Abelardo Ramos o Hernández Arregui. Así, el posicionamiento histórico de los comunistas argentinos fue congelándose en aquella imagen y poco se dijo luego sobre la dinámica de esa relación durante los casi diez años en que el país estuvo gobernado por Juan Domingo Perón.

Esta visión fue reforzada luego, desde un abordaje más “imparcial”, por trabajos que se constituyeron en clásicos sobre la historiografía del movimiento obrero argentino. El máximo exponente de esta categoría, elaborado en los comienzos de la década de 1980, fue *Sindicalismo y Peronismo*, de Hugo del Campo.² Este libro abona la segunda explicación –la del “error histórico”– a la que nos referimos más arriba. Del Campo muestra cómo tanto el PCA como el Partido Socialista, producto del desarrollo del “vínculo perdurable” establecido entre la clase obrera y Perón en los años formativos de la alianza electoral de 1946, quedaron atrapados en una doble contradicción insalvable: por un lado, enfrentados electoralmente con la mayoría de los trabajadores; por otro, aliados de la burguesía y los sectores más reaccionarios de la sociedad argentina.

Ahora bien, la relación entre el PCA y el peronismo de ninguna manera concluye en el mencionado enfrentamiento electoral; no obstante, casi desconocemos su desarrollo posterior, al menos desde una perspectiva de análisis histórico. Pareciera que ante la evidencia de la polarización electoral clasista de 1946 todos los análisis estarían de más.

Es paradójico y curioso cómo, al inicio de esta investigación, algunas charlas informales, incluso entre historiadores reconocidos, nos fueron dando la pauta de que las posturas adoptadas por el PCA frente a los primeros gobiernos peronistas no se trataban de algo desconocido. Sin embargo,

¹ Ver Camarero, H., “Los comunistas argentinos en el mundo del trabajo, 1925-1943. Balance historiográfico e hipótesis interpretativas”, en *Ciclos*, No. 22, Buenos Aires, IIHES / Facultad de Ciencias Económicas / UBA, 2do semestre 2001. pp.141, 142, 143. Ver también Altamirano, C., *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

² Del Campo, H., *Sindicalismo y peronismo*, CLACSO, Buenos Aires, 1983.

todos señalaban la ausencia de trabajos que dieran cuenta de aquél vínculo particular. Para indagar este punto, había que caer en manos de las “autobiografías” del Partido Comunista.³ De más está decir que ante la pregunta acerca de las causas y los porqués de esas idas y vueltas no encontramos respuestas más allá de los viejos lugares comunes sobre las “históricas incoherencias” del PCA.

Incluso en las propias filas del Partido Comunista, fue cristalizándose la idea acerca de una falta de autocrítica con respecto a las elecciones de 1946, y la necesidad histórica de un *mea culpa* por no haber realizado en su momento una lectura correcta de la situación de la clase trabajadora y su estrecha relación con el peronismo.

En los últimos años han aparecido algunos trabajos que contribuyen a iluminar algunos aspectos del problema aquí tratado. Omar Acha ha trabajado el derrotero intelectual de Rodolfo Puiggrós, revelando interesantes aspectos de la interna comunista entre los años 1946-1949, los que van desde la expulsión de Puiggrós hasta la creación del Movimiento Obrero Comunista (MOC) por parte de algunos cuadros sindicales expulsados del Partido.⁴ Y desde el interior de las filas PCA, José Schulman ha revisado esos mismos debates, pero manteniendo una línea de indagación similar a la que busca las causas del “error histórico” indicada más arriba.⁵

Por lo tanto, creemos que es fundamental realizar una periodización de las posturas del PCA frente al peronismo, teniendo en cuenta una dinámica fluctuante de acercamiento por momentos y de rechazo liso y llano por otros, intentando comprender cuáles son los distintos motivos que llevan a la dirigencia del comunismo vernáculo a tomar por uno u otro camino. El resultado, como veremos, fue la construcción de una relación con el peronismo mucho más compleja del que el propio comunismo a veces parece hacerse eco.

2. Cronología de la posición del PCA frente al peronismo (1943-1955)

2.1 1943-1946: El período de las “camarillas fascistas”, la “demagogia” y el “engaño” a la clase obrera.

Este período es el más conocido en lo que respecta a la postura que el comunismo toma frente al crecimiento político de la figura de Perón. A continuación resumimos brevemente la caracterización que el PC hacía de este nuevo actor político, la cual respondía a los siguientes lineamientos:⁶

³ Arévalo, O., *El Partido Comunista*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983. Ghioldi, O., *Nuestra lucha consecuente por una nueva Argentina. El partido Comunista cumple 65 años*, Ed. Anteo, Buenos Aires, 1982.

⁴ Ver Acha, O., “Nación, peronismo y revolución en Rodolfo Puiggrós” (1ra parte en *Periferias*, año 6, N° 9, segundo semestre de 2001; y 2da parte en *Periferias*, año 8, N° 11, segundo semestre 2003).

⁵ Schulman, J. E., “Algunos de los debates comunistas ante el surgimiento del peronismo y las elecciones de 1946” en *Periferias*, año 6, N° 9, segundo semestre de 2001.

⁶ Codovilla, V., *Hacia un mundo mejor*, Partido Comunista, Buenos Aires, 1945. Ghioldi, R., *Los comunistas al servicio de la Patria*, Ediciones del Partido Comunista, Buenos Aires, 1945.

●-El golpe de Estado de 1943 instaura una dictadura de corte “nazifascista”; el GOU es la cabecera de puente hitlerista y falangista en América Latina; y los motivos del golpe fueron la imposibilidad de Castillo de mantener la política de “neutralidad profascista” ante la avanzada de las fuerzas democráticas.

●-El gobierno se mueve a través de una “lógica de camarillas”, lo que lleva a Perón (un “agente del Eje, un aventurero sin principios”) a buscar apoyos por fuera, para intentar mantenerse en pie y catapultarse a la presidencia. Según el PC, todos los sectores le dieron la espalda, salvo un grupo de “despreciable escoria” integrado por los sectores profascistas y reaccionarios del ejército, del clero, de la policía, por las empresas del Eje, y por algunos “caudillejos de provincia” junto con “un grupo de dirigentes sindicales renegados”.

Así, el 17 de octubre de 1945 fue para el PCA una jornada donde “sectores engañados de la clase obrera fueron en realidad dirigidos por el malevaje peronista repitiendo oscuros designios de la época de Rosas [...] El peronismo pudo hacer todo esto por efectos de su demagogia durante dos años y medio de dictaduras y por la presión del Estado lleno de elementos nazi peronistas”.⁷

La línea política del PCA en este período era la de impulsar la “Unidad Nacional” antifascista sin exclusión de ninguna “fuerza democrática”,⁸ en plena consonancia con la política de la URSS de aliarse con las naciones democráticas capitalistas para derrotar al nazifascismo. Esta convivencia entre capitalismo y socialismo era promovida teóricamente por el PCA –lo que llevó a distintos sectores a acusar a la dirigencia del partido de “browderismo”– y, en última instancia, también servía para justificar la integración de la “Unión Democrática” al lado de partidos conservadores y sectores de la burguesía y de la oligarquía terrateniente.

2.2 1946-1948: Balance electoral y estreno de nueva línea política

Tras el resultado electoral del 24 de febrero de 1946, el PCA inicia un proceso de revisión de lo actuado frente al peronismo, que concluye con la nueva línea política consistente en “criticar lo negativo y apoyar lo positivo” del gobierno recientemente elegido, adoptada tras el XIº Congreso Nacional en agosto de ese mismo año.

El partido señalaba dos cuestiones para justificar el cambio de postura frente al peronismo.⁹ Por un lado, se estaba dando una modificación en la situación internacional de posguerra: la avanzada del “imperialismo anglo-yanqui” contra la Unión Soviética, con el objetivo de romper la alianza de la coalición anti-hitleriana. Se constataba, así, el fin de la posibilidad de la convivencia pacífica entre el capitalismo y el comunismo soviético, que había sido uno de los justificativos de la línea política del PCA durante el período anterior. Por otro lado, ese enfrentamiento entre fuerzas “reaccionarias”

⁷ Schulman J., op. cit.

⁸ *Ibíd.*

⁹ Arnedo Álvarez, G., *Cinco años de lucha. Entre el X y el XI Congreso*, Ed. Anteo, Buenos Aires, 1946.

y “progresistas” provocaba en Argentina “un gran despertar político de las masas” con una “incorruptible fe democrática”, expresada en los programas sostenidos en las elecciones del 24 de febrero de 1946, que incluyeron reivindicaciones sociales y políticas incluidas en las dos alianzas electorales que dominaron esos comicios.

Esta postura trae aparejados cambios en la percepción que el PCA hace del peronismo como movimiento, pero no de la figura de Perón. Mientras que el primero mantiene su origen en la “demagogia populista” del “coronel pronazi”, al lograr la adhesión de la clase obrera el peronismo se convierte en una fuerza social “heterogénea”, integrada tanto por sectores “progresistas” y “reaccionarios” en puja permanente entre sí.¹⁰ Esta nueva interpretación es la que permite justificar la línea adoptada de ahí en más frente al gobierno peronista.

El anuncio de “apoyar” al gobierno peronista en determinadas medidas y coyunturas políticas indica ya un giro pronunciado respecto del período anterior; un cambio muy significativo, que debía ser justificado. Y para esto se requería –además– una cierta autocrítica por parte del PCA. Qué tan profunda y sincera fue esa autocrítica, no lo sabemos. Para un autor como Schulman, ni siquiera existió, e incluso se expulsó del partido a los grupos que la proponían, como la célula de los obreros ferroviarios del FF.CC. Sud.¹¹ Sin embargo, en varios pasajes de los documentos revisados para este trabajo, nos encontramos con una idea dominante similar a la que surge de estas líneas:

*La desviación fundamental [del período 1941-1946] consistió en el debilitamiento de la lucha por las reivindicaciones económicas de los obreros y trabajadores en general, determinado por el temor de perder aliados en el campo de los sectores burgueses progresistas [...] El debilitamiento de nuestras posiciones en el campo obrero no tiene, pues, su explicación única en la persecución tenaz de la reacción fascista, sino fundamentalmente en la aplicación de una política no siempre acertada que nos impidió influenciar y dirigir el movimiento obrero.*¹²

Si bien se trata de una leve y autocomplaciente autocrítica, es justo también señalar que el PCA fue la primera fuerza política (si no la única) que revisó públicamente su accionar en la Unión Democrática y que cambió su posición frente al gobierno surgido de las elecciones de 1946, permitiéndose elaborar una nueva línea política que buscaba revertir en cierta forma el alejamiento producido entre partido y la clase obrera.

En los dos años siguientes al XIº Congreso, el comunismo buscó balancear el apoyo hacia ciertas medidas de gobierno con la crítica hacia otras; resolvió disolver los sindicatos que todavía controlaba para fundirlos “en forma no democrática” con los reconocidos por la Secretaría de Trabajo y Previsión; criticó algunos aspectos del Primer Plan Quinquenal, y valoró otros; e incluso mantuvo una posición conciliatoria cuando tuvo que denunciar distintas “avanzadas reaccionarias”,

¹⁰ PCA, *Proyecto de tesis para discusión del segundo punto del orden del día del XI Congreso del Partido*, mimeo reproducido por el Comité de la Capital, 1952.

¹¹ Schulman, J., op. cit.

¹² Arnedo Álvarez, G., op. cit.

adjudicándolas no a todo el peronismo en su conjunto, sino a los “sectores profascistas” de dicho movimiento.¹³

A fines de 1947, si bien el PCA mantenía la caracterización del peronismo como un movimiento heterogéneo, la posición ante el gobierno se torna más ríspida.¹⁴ En esto influyeron dos acontecimientos protagonizados por Perón, uno en el plano nacional y otro ligado a la situación internacional. Respecto del primer hecho, se trata de una serie de discursos radiales pronunciados por el presidente en el mes de agosto, con una fuerte diatriba anticomunista, relacionado para el PCA con las primeras señales de una crisis económica en puerta y la necesidad de Perón de preparar el terreno –con la excusa del anticomunismo– para intentar frenar las luchas económicas del movimiento obrero.¹⁵ Por otro lado, la cuestión internacional comienza a incidir nuevamente, como en el período 1943-1946, en las apreciaciones negativas sobre el gobierno: el PCA se queja por la “floja resistencia” al pacto de defensa continental impulsado por los Estados Unidos en la Conferencia de Petrópolis y por las declaraciones de Perón en el Congreso, donde afirmaba que iba colocar a la Argentina “del lado de Occidente” en una hipotética tercera guerra mundial.¹⁶

Un año después, ante el incremento de las luchas protagonizadas por diferentes gremios en un contexto de dificultades económicas, el PCA retorna a posturas más cercanas al peronismo; denuncia que existe una doble presión reaccionaria –interna y externa– para que la Argentina “capitule ante el imperialismo yanqui” y “reprima a las masas populares”, pero no descarga la culpa contra el gobierno, sino que hasta se dispone a apoyarlo si Perón decide contrarrestar dicha embestida “reaccionaria”.¹⁷

Resumiendo hasta aquí, durante el período que va entre el XIº Congreso y finales del año 1948 constatamos –a nivel discursivo– que el PCA se mantuvo consecuente en una línea de oposición no sistemática al gobierno peronista, alternando entre algunas posturas críticas y otras más cercanas al peronismo.

2.3 1949-1951: Críticas al gobierno un contexto de tensiones internas al Partido

En 1949 el gobierno peronista encara la tarea de reformar la Constitución Nacional, con el objetivo –entre otros– de lograr la reelección del presidente. Ante el proyecto oficial el PCA advierte “a la clase obrera y a la población laboriosa sobre el carácter regresivo de la mayor parte de las reformas proyectadas”,¹⁸ sin siquiera contemplar en el análisis algunos de los aspectos más cercanos

¹³ Arnedo Álvarez, G., *¿Anti-comunismo o anti-imperialismo?*, Ed. Anteo, Buenos Aires, 1947.

¹⁴ Arnedo Álvarez, G., *Por la democracia y contra el imperialismo*, Ed. Anteo, Buenos Aires, 1947.

¹⁵ Arnedo Álvarez, G., op. cit.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Arnedo Álvarez, G., *Frente democrático y antiimperialista*, Ed. Anteo, Buenos Aires, 1948.

¹⁸ “Algunas consideraciones en torno a la reforma de la Constitución”, *Nueva Era*, Año I, Nº1, abril de 1949, p.32.

ideológicamente al comunismo, como por ejemplo la nacionalización de los recursos energéticos. El ítem que concentra las críticas comunistas es la anulación del derecho a huelga, que ponía límites concretos a los derechos adquiridos históricamente por la clase obrera. Estamos en presencia, entonces, de una nueva etapa de clara oposición en la postura del comunismo frente al peronismo.

En la misma coyuntura, el PCA también cuestiona la política “entreguista” de los círculos dirigentes del gobierno, al ceder a las presiones del imperialismo anglo-yanqui; lo que más parece preocupar a los dirigentes comunistas es la postura argentina frente a las amenazas de los EE.UU. de entrar en un enfrentamiento directo con la URSS¹⁹

Ahora bien, ¿cómo entender este singular retorno a posturas y opiniones antiperonistas? Más allá de los avatares de la política nacional e internacional, lo novedoso de esta etapa es la situación de tensión generada al interior mismo de las filas del partido ante el surgimiento del Movimiento Obrero Comunista (MOC), organización creada por ex-militantes sindicales comunistas expulsados en 1946 quienes junto con Rodolfo Puiggrós comenzaban a inclinarse por una relación más orgánica con los sectores más combativos del peronismo. La creación de una organización por fuera del partido, que reclamaba para sí la simbología comunista –criticando a sus actuales portadores–, que no sólo comenzaba a releer al peronismo sino que incluso proponía un grado de colaboración con él, creemos que llevó a la dirección del PCA a una política de “cerrar filas”.

De este modo, si durante la etapa anterior (1946-1948) la decisión de “apoyar lo positivo” y “criticar lo negativo” se tomaba en base al análisis de la situación política nacional e internacional en un contexto de fuerzas “reaccionarias” y “progresistas” en pugna, en la etapa abierta en 1949 lo que parece primar –en este nuevo escenario de críticas sin matices hacia el gobierno– es un criterio “burocrático” de independencia partidaria. Creemos, entonces, que este “renovado antiperonismo” de la dirección del PCA estuvo determinado principalmente por la intención de conservar la disciplina interna, la autonomía y la identidad partidaria. Esta actitud, si bien le permitió capear el temporal de la fragmentación interna, le valdrá en el largo plazo seguir sosteniendo una fuerte imagen opositora que colaborará en el oscurecimiento de los períodos de mayor acercamiento al gobierno.

Este recrudescimiento de las posiciones antiperonistas fue profundizado con el análisis negativo que el PCA hizo respecto de la posición adoptada por la Argentina frente a la Guerra de Corea, en el cual seguramente tuvo influencia la política exterior de la URSS a través de alguna directiva emitida hacia los partidos comunistas a nivel mundial. En un folleto titulado *Política exterior peronista: de rodillas ante el imperialismo*, se critica la posición adoptada por el gobierno ante la

¹⁹ “El 1° de Mayo y las tareas de la clase obrera y del pueblo argentino en defensa por la paz”, *Nueva Era*, Año I, Nº2, mayo de 1949.

invasión de Corea del Norte por parte del “gobierno títere surcoreano”, empujado éste último por el “gobierno imperialista norteamericano”.²⁰ No es necesario leer más que el título para notar el carácter marcadamente antiperonista del texto. Sólo señalaremos que en todo el folleto –a diferencia de lo que sucedía en el período 1946-1948– no hay un sólo indicio de intentar “apoyar lo positivo”, o bien de adjudicar a la presión de las fuerzas reaccionarias la postura internacional adoptada por Perón. No hay matices ni condicionamientos en la actitud del gobierno: es él mismo quien capitula frente al imperialismo.

En noviembre de 1950 se lleva a cabo la VIª Conferencia Nacional del PCA donde se ratifican los puntos esenciales del XIº Congreso. Así como luego del fracaso de la Unión Democrática el comunismo tuvo que reconocer el carácter popular de su contrincante, al ratificar la línea adoptada en ese entonces el propio Codovilla debe señalar nuevamente la influencia genuina del peronismo sobre los trabajadores, retomando en parte la caracterización del peronismo como “alianza policlasista”.²¹ Sin embargo, la insistencia sobre el carácter fascista del gobierno domina el discurso partidario. De hecho, *Nueva Era* sostiene en marzo de 1951 que el proceso de fascistización del estado, que en 1946 sólo estaba en germen, se encuentra terminado.

Por su parte, en la intervención de Rodolfo Ghioldi en dicha Conferencia –muy dura en su postura frente al gobierno “fascista”–, puede leerse “entre líneas” que el PCA aún no había zanjado “cuestiones internas”. Ghioldi arremete abiertamente contra los “escritores de la oligarquía”, contra aquellos que “hicieron naufragar [...] los principios de mayo”, y aquellos “aparentaban en el pasado tendencias democráticas, [y que] se han puesto al servicio directo del imperialismo”.²² ¿A quién se refiere elípticamente el dirigente comunista? ¿Quiénes habían embestido contra los principios de Mayo de 1810, resaltando la contrafigura por excelencia de esos principios: Juan Manuel de Rosas? Nuestra lectura es que las tensiones internas del PCA, ligadas a la ruptura de la célula ferroviaria y su cercanía con Rodolfo Puiggrós, (y la intelectualidad revisionista en su conjunto), parecen marcar la agenda de preocupaciones del partido. No pareciera ser el gobierno el blanco hacia donde Ghioldi apuntaba sus cañones; el receptor de sus ataques se encontraba mucho más cerca de sus propias huestes.

2.4 1951: Nuevo cambio de postura

Hasta aquí hemos visto el mayor peso que tuvo el “criticar lo negativo” desde 1949. En este claro desbalanceo hacia posturas antiperonistas contribuyeron tanto el plano internacional (la presión

²⁰ Anónimo, *Política exterior peronista: de rodillas ante el imperialismo*, Ed. Anteo, Buenos Aires, 1950.

²¹ “Del XI Congreso a la VI Conferencia Nacional”, *Nueva Era*, Año III, Nº1, marzo de 1951, artículo editorial.

²² “Bajo el lema de la lucha por la paz y la independencia nacional, por la democracia y la libertad intelectual, debemos agrupar a las fuerzas de la inteligencia”, *Nueva Era*, Año III, Nº1, marzo de 1951.

exitosa del “imperialismo yanqui” sobre el gobierno, por ejemplo, pero también la ejercida por la Unión Soviética sobre los partidos comunistas) como los conflictos internos del Partido (la aparición y posterior secesión de grupos filoperonistas). Pero en 1951 ocurre un hecho que provoca una reversión de esta tendencia: el levantamiento militar contra el gobierno de Perón del 28 de Septiembre de 1951.

En relación con este intento golpista, *Nueva Era* afirmaba:

*[...] se produjo un golpe de estado reaccionario fascista [...] a espaldas de las masas y contra ellas, con el fin de instaurar un gobierno dictatorial al servicio incondicional de la oligarquía terrateniente y del imperialismo yanqui, insatisfechos de la política vacilante del gobierno actual...*²³

Curiosamente, todo el discurso que durante los dos años anteriores había sido dirigido hacia el gobierno de Perón, de pronto pasaba a describir a los golpistas y su apoyatura social, por lo cual no puede dejar de subrayarse el cambio de tónica del artículo con relación a la caracterización previa del peronismo. Si los reaccionarios y fascistas ahora son los golpistas, si son ellos los ligados a la oligarquía terrateniente, ¿que lugar ocupa en este discurso el peronismo?

La situación es compleja, sobre todo en lo que respecta a la política nacional de esos meses. La intentona militar se conjuga con la campaña electoral presidencial, con lo cual el Partido se encuentra entre dos extremos que no permiten demasiados grises. Por un lado, el PCA no podía dejar de alinearse en la oposición si pretendía conservar una línea política electoral coherente. Pero, a la vez, un acercamiento hacia la oposición podía llevarlo a quedar indisolublemente ligado a la coalición golpista.

La contradicción se hace patente en el editorial de *Nueva Era* de ese momento, en el cual si bien por un lado el PCA intenta descargar toda su artillería contra el gobierno, el grado de oposición y críticas no excede a las de un partido cualquiera de la oposición. Y por otro lado, más allá de estos ataques, es importante señalar el fuerte giro en la postura que adopta el PCA frente al peronismo en esta coyuntura. La cuestión del levantamiento fallido lleva rápidamente a un acomodamiento de la línea dirigente del partido y a una alineación junto con el gobierno de Perón, contra posibles nuevos intentos de golpe. Evidentemente el PCA comenzaba a percibir la gestación de una verdadera reacción antipopular y antiobrera, y no la veía precisamente en las filas del peronismo.

Del mismo modo, tiempo después el comunismo responde de forma positiva al llamado del gobierno para la conformación de un “Frente Popular Unido” como respuesta a los intentos golpistas, argumentando que

*[...] dejando de lado toda cuestión de orden secundario, [nuestro partido] ha contestado inmediatamente a ese llamamiento.*²⁴

²³ “Las elecciones generales y la lucha por el pan, la tierra, la democracia, la independencia nacional y la paz”, *Nueva Era*, Año III, N°4, agosto-noviembre de 1951.

²⁴ “El “frente popular unido” para desbaratar los planes de la conspiración oligárquico-imperialista puede y debe ser constituido”, *Nueva Era*, .año IV, N°2, marzo-junio de 1952, p. 6

Hacia diciembre de 1952 el acercamiento del comunismo con el gobierno peronista entra en una etapa inédita. Como nunca antes el partido comienza a reivindicar acciones del gobierno y cambia radicalmente su retórica, rescatando incluso la importancia de la CGT como central única e indiscutible de la organización de los trabajadores. Asimismo, el apoyo de la CGT hacia el gobierno es visto ahora como de inestimable valor en las medidas oficiales que “debilitan al imperialismo”, como por ejemplo la política de nacionalizaciones, cuando poco tiempo antes (en 1949), éstas eran vistas como incompletas y tendientes a mantener la estructura económica y social vigente.²⁵

Asimismo, el tratamiento para con la cúpula de la CGT es absolutamente distinto al de tiempo atrás. Aún cuando el PCA había convocado –ya en 1946– a los sindicatos dirigidos por comunistas a autodisolverse e incorporarse en las centrales peronistas, en estos momentos desaparecen incluso las críticas a la burocracia siondical y se levanta la bandera de “todo dentro de la CGT, nada fuera de la CGT”.

Más aún, hasta en aquellos ámbitos donde realmente se hacía difícil para el Partido Comunista sostener alguna mención positiva para con el gobierno, como la democracia al interior de las organizaciones obreras, aparecía ahora analizada a la luz de otros matices. Por ejemplo:

*...Puede decirse que el funcionamiento regular y democrático de las organizaciones de base de los sindicatos [...] se desarrolla ampliamente, aun en aquellos sindicatos intervenidos.*²⁶

Por último, y como manifestación más que contundente de un viraje impensado unos años antes, el PCA procede a reivindicar la jornada del 17 de Octubre en estos términos:

*[...] la manifestación de los trabajadores reunidos allí [el 17 de octubre de 1952] para conmemorar la jornada de lucha contra el imperialismo y la oligarquía que fue el 17 de octubre de 1945.*²⁷

El PCA parece acercarse al límite de una simbiosis con el peronismo. Esta efímera y a la vez significativa unidad de intereses llevaría a los comunistas a manifestar incluso que el imperialismo temía por “el proceso de unidad que se desarrolla en nuestro país entre comunistas y peronistas.”²⁸

Finalmente, y como síntesis de este extraño *affaire* de 1952, la afirmación de que “la base esencial de nuestra política es la unidad de acción entre comunistas y peronistas”²⁹ nos indica que la historia de la relación entre el PCA y el gobierno peronista era tan multifacética como compleja de comprender, y por lo tanto para nada lineal, ni monolítica, ni fácilmente predecible.

2.5 1953: El “Caso Real” y sus implicancias

²⁵ Marischi, V., “La lucha por la unidad de la clase obrera en América Latina, las tareas del movimiento sindical en argentina”, en *Nueva Era*, año IV, N°3, diciembre de 1952, p. 16

²⁶ Ibid, p. 19.

²⁷ Ibid, p. 19 (Subrayado nuestro S.R. – A.G.)

²⁸ Ibid, pp. 20-21.

²⁹ “La lucha por la unidad...”, Op. Cit., p. 21.

Los coqueteos con el peronismo se interrumpieron abruptamente entre fines de 1952 y comienzos de 1953, con el regreso al país de Victorio Codovilla. Al parecer, durante su ausencia, Juan José Real habría impulsado ese acercamiento con el gobierno, obteniendo un importante respaldo en el Comité Central y entre las bases partidarias, con la única oposición enconada de Rodolfo Ghioldi. Con el retorno de Codovilla se impuso una profunda revisión del accionar del partido, y se procedió a la expulsión de Real.³⁰

En febrero de 1953 se reúne el Comité Central para analizar el impacto del “brote nacionalista burgués de derecha” al interior de sus filas, el cual no fue menor, si tenemos en cuenta el testimonio dado en esa oportunidad por Jorge Bergstein, uno de los dirigentes de la Federación Juvenil Comunista. Bergstein arremete contra Real culpándolo por la penetración de sus ideas entre los dirigentes juveniles, y por haberlos inducido a actuar en esa línea “liquidacionista” del partido. Queda claro, tras leer su informe, que Real funciona como “chivo expiatorio” ante una realidad que se quiere negar: la participación de importantes sectores del comunismo en la política de flirteo con el peronismo tras el intento de golpe de 1951.³¹

Como era de esperar, extirpado el “virus” el retorno a viejas posiciones antiperonistas no se dilató demasiado en el tiempo, al igual que había sucedido tras la conformación del MOC en 1949. La necesidad de la dirigencia comunista de cuidar la independencia partidaria, contra los que –a sus ojos– quisieron convertir al partido en “furgón de cola del peronismo”,³² empuja nuevamente a posturas de franca oposición al gobierno. Esta vez la excusa fue un acontecimiento a nivel nacional: ante la convocatoria del presidente a la “Conciliación Nacional”, el PCA sacó a relucir sus tradicionales epítetos sobre un gobierno peronista débil frente a la oligarquía y al imperialismo. Así, frente a los acuerdos y leyes sobre inversiones extranjeras, se afirmaba que “constituía la medida más significativa de concesiones ofrendadas por el gobierno a los grandes consorcios imperialistas”.³³

Contradictoriamente, algunos hechos también relacionados con la política internacional y con las directivas de la Unión Soviética hacia los Partidos Comunistas integrantes de la IIIª Internacional, llevaban al PCA a rescatar algunas cuestiones del gobierno de Perón. La firma de los tratados con la URSS fue saludada con agrado, aunque se introdujeron algunos matices: no fue el gobierno peronista, sino la presión de las masas sobre éste, la que habría generado las condiciones favorables para la firma de tales acuerdos. De la misma manera, correspondía a las masas organizadas “una

³⁰ Este acontecimiento fue relatado por Daniel Campione. La oposición de Ghioldi al acercamiento con el peronismo es mencionada por el propio Real en su libro *Treinta años de historia Argentina*, Ediciones Actualidad, Buenos Aires, 1962.

³¹ Bergstein, J., *Dominar y defender la línea independiente de nuestro partido para construir el frente patriótico de la juventud*, Editorial Voz Juvenil, Buenos Aires, 1953.

³² Arévalo, O., op. cit.

³³ Fuchs, J., “El petróleo e YPF corren peligro”, en *Nueva Era*, año V, N°1, septiembre de 1953.

constante y decidida vigilancia de todos los patriotas argentinos, para impedir las maniobras contra el cumplimiento del acuerdo con la URSS”.³⁴

Poco tiempo después, en diciembre de 1953, demostrando nuevamente los bruscos cambios de humor del Partido con relación al gobierno y haciendo gala de otro viraje en este juego pendular de “acercamiento-rechazo”, el PCA desempolvó del estante de “epítetos sin medios tonos” el mote de “fascismo”. Trazando un paralelo con los dichos de un reconocido teórico soviético, el PCA afirmaba:

*Es conocida la caracterización de Dimitrov: “El fascismo se proclama representante exclusivo de todas las clases y capas de la población [...] Finge defender los intereses de todos estos sectores, los intereses de la Nación. Pero como el fascismo es la dictadura de la gran burguesía, tiene que chocar inevitablemente, con su base social de masas...” ¿Al describir lo que es el fascismo, no ha descrito Dimitrov de cuerpo entero la “tercera posición”, la concepción “justicialista”?*³⁵

2.6 1955: El bombardeo a la plaza y el golpe de Estado

El 16 de julio se reunió el Comité Central del PCA para analizar la situación del bombardeo a la Plaza de Mayo. En lo que respecta a la coalición golpista y a la sangrienta acción llevada a cabo por el antiperonismo, la postura del partido no fue muy distinta de la adoptada en 1951 ante la intentona del general Menéndez. Así, y pese a los conflictos que separaban a peronistas y comunistas, *Nueva Era* afirmó que ante “el golpe de estado reaccionario” había que “cerrar el paso a la reacción oligárquica e imperialista y abrir un nuevo rumbo democrático y progresista”.³⁶

No obstante, y en forma muy distinta de cómo había continuado la historia de la relación luego de 1951, esta vez el PCA adoptó una postura crítica: en esta coyuntura, el responsable del derrotero político del gobierno era el propio Perón. De esta manera, se cargaron las tintas sobre la culpabilidad que le cabía al Presidente por no haber sabido actuar frente a las presiones que le cerraban el paso:

“Perón se encontraba bajo el fuego cruzado de dos presiones opuestas: la de la oligarquía terrateniente, el gran capital y los monopolios extranjeros, y la de la clase obrera y el pueblo. Y esto es lo que explica que la política de Perón, si bien se desarrollaba en un sentido reaccionario, lo hacía en un sentido zigzagueante y contradictorio”.³⁷

Es claro que la intención del PCA fue la de desligarse del intento golpista. Pero, al mismo tiempo, buscó afanosamente evitar la asimilación con el peronismo. Esta caminata por la cuerda floja obedecía posiblemente a dos cuestiones. La primera, en una lectura más “oportunist” de la política partidaria, podría plantear que el PCA pretendía desvincularse de la alianza golpista, pero a su vez

³⁴ González Alberdi, P., “El importante acuerdo comercial argentino-soviético”, en *Nueva Era*, año V, N°1, p. 17.

³⁵ Bermejo, T., “Breve panorama institucional de la Republica”, en *Nueva Era*, año V, N°3, diciembre de 1953, p. 18.

³⁶ “El carácter del reciente golpe de Estado, sus consecuencias y la táctica de los comunistas para lograr la convivencia democrática”, *Nueva Era*, año VII, n° 4, Buenos Aires, septiembre de 1955, p. 3.

³⁷ *Ibid.*

alejarse también del barco peronista, que parecía irse decididamente a pique. Pero, en una segunda lectura, podría plantearse que en realidad el PCA permanecía, de alguna manera, coherente con sus definiciones respecto de la democracia y el golpismo, leyendo desde una perspectiva clasista los móviles de la reacción antiperonista, pero evitando caer en situaciones que tan alto costo habían tenido recientemente para la disciplina y al ordenamiento interno del partido. El “Caso Real” significó sin duda un “aprendizaje” para el PCA, y es por esto que, a diferencia del análisis del levantamiento de 1951, ahora el énfasis estaba puesto en el carácter contradictorio del gobierno peronista más que en la “avanzada reaccionaria” contra la clase obrera y el pueblo. En la lógica comunista, si bien el nuevo intento de golpe respondía –otra vez– a los grupos conservadores, claramente era necesario despegarse de la figura de Perón, quien, en sus cavilaciones y devaneos –acordes con lo heterogéneo y contradictorio de sus apoyos políticos–, terminaba actuando como un freno contra sus intereses de clase.

Así, nuevamente una determinada situación política interna condujo al PCA a posicionarse claramente en contra de la intentona golpista, pero sin resignar, esta vez, nada de su autonomía partidaria y sin poner en riesgo su estructura a través de acercamientos ni coqueteos peligrosos. La dirigencia del partido manifestó claramente esta cuestión, al afirmar que:

[...] el PCA, frente a los graves acontecimientos actuales, llama a sus afiliados y simpatizantes a no dejarse sorprender por ellos y aplicar la línea independiente señalada por el Partido”.³⁸

La política a seguir, para el partido, se definió entonces por combatir la intentona golpista, pero bregar por la formación de una coexistencia democrática a través de la unidad de acción de todas las fuerzas “democráticas” y “progresistas”, evitando cualquier salida de tipo fascista, ya fuera en su forma golpista, en su forma corporativa, o en la llamada “Conciliación Nacional”.

Aparecía, no obstante, otro elemento a tener en cuenta que particularizaba la posición del PCA y la distanciaba de definiciones políticas anteriores. Esta vez los comunistas vislumbraron claramente la crisis que se cernía sobre el gobierno y buscaron trazar un lineamiento que mirara hacia adelante. En esta ocasión el PCA, si bien no se sumó a las fuerzas golpistas, sí pareció hacerse eco del momento de debilidad que atravesaba el gobierno y lanzó una serie de declaraciones donde asumía un rol activo en pro de la apertura política.

Finalmente, el 16 de septiembre, la caída del gobierno peronista inauguró una nueva etapa en la relación con el comunismo. A través de la voz de su máximo exponente, el PCA coronaba su interpretación del golpe de un modo coherente con la actitud que el partido venía tomando, cuando menos, desde 1953, luego del giro provocado por el “caso Real” y el *affaire* con el gobierno peronista. Las definiciones fueron muy claras: por un lado, se alejaron tanto de la victimización del peronismo como de la defensa de un gobierno que, ya depuesto, no parecía tener posibilidades

³⁸ *Ibid.*, p. 12 (subrayado nuestro).

cercanas de retomar el control de la situación; y por otro lado, Codovilla resumió en estas líneas, el éxito del partido de mantenerse alejado de la coalición ejecutora e impulsora del golpe de Estado. Aquella política tan riesgosa de sostenerse en medio de ambos extremos sin caer en peligrosas asimilaciones con ninguno de los contendientes, encontró sus ecos también en las declaraciones de la Federación Juvenil Comunista (FJC), quienes sin rescatar prácticamente ningún aspecto del gobierno depuesto, salieron rápidamente al cruce de las declaraciones de la Federación Universitaria que había saludado la caída del régimen peronista.

Sin embargo, la situación del partido rápidamente se modificó. Ante la contundencia de la avanzada golpista, frente a la inacción por parte de las Fuerzas Armadas leales a Perón, y teniendo en cuenta el llamado a la desmovilización de la CGT, el Partido Comunista se vio en la obligación de tomar una postura con respecto a lo que se estimaba era una situación sin retorno. En este nuevo escenario, Codovilla se arriesgó a realizar un análisis sobre el flamante gobierno de facto, que brilla por la increíble inexactitud de su pronóstico:

“Entre los propios militares que actuaron para derrocar al gobierno de Perón existen distintas opiniones respecto a la orientación económica y política, interna y externa [...] se destacan hasta ahora, dos fundamentales: una, la que encabeza el general Lonardi (presidente) que sufre una fuerte influencia clerical y proimperialista yanqui que lo empuja hacia la derecha; otra, la que encabeza el contraalmirante Rojas (vicepresidente), que se inclina hacia posiciones democráticas y de cierta resistencia al imperialismo”.³⁹

Codovilla cerraba sus reflexiones fijando la posición del comunismo y desoyendo lo que ellos mismos habían venido construyendo como línea dirigente. Si desde el XIº Congreso se habían propuesto entender el carácter clasista que nutría las filas del peronismo –amén de sus contradicciones–, las perspectivas políticas de una apertura democrática en el corto plazo, la sola idea de que un proceso electoral abierto y transparente –como reclamaba el partido al nuevo gobierno– no terminaría con una victoria contundente del peronismo, la peregrina idea de que el peronismo había sido borrado de un plumazo por la autodenominada “Revolución Libertadora”, no hicieron más que diluir en un mar de declaraciones vacías de contenido, una línea política que, por momentos, había demostrado una cierta claridad en el análisis del fenómeno peronista.

3. Conclusiones preliminares e hipótesis de trabajo

A. Contrariamente a lo que se ha planteado, el PCA muestra una peculiaridad respecto de los partidos de izquierda argentina en sus relaciones con el peronismo. Frente a las posturas que sostienen que su participación en la Unión Democrática de 1945-46 es argumento suficiente para meterlo dentro de la bolsa del antiperonismo inflexible, vemos que los propios documentos emanados desde la dirigencia partidaria demuestran que aquella visión es profundamente inexacta; la revisión que hiciera el propio comunismo con respecto a su inclusión en dicha coalición electoral

³⁹ Codovilla, V., “Perspectivas de desarrollo de la situación política Argentina...”, *op. cit.*, p. 7.

y la línea política implementada en el XIº Congreso –muy cercanas en el tiempo a los comicios de febrero de 1946– muestran un comunismo dinámico y, como vimos, contradictorio, pero que intenta desprenderse rápidamente de un posicionamiento adverso para mantener un vínculo con los trabajadores argentinos. Sin embargo, tanto la historia construida desde el peronismo, como la historia escrita desde la propia izquierda –e incluso desde las filas del mismo PCA–, han solidificado la imagen y la caracterización de un partido frente a un fenómeno de masas a partir de ese frente electoralista de mediados de la década de 1940 que fue, a ciencia cierta, bastante efímero en la experiencia del comunismo argentino.

Según hemos podido comprobar a lo largo de esta investigación, el PCA establece como tema ineludible de su agenda política en el período estudiado la revisión casi permanente de su posicionamiento frente al fenómeno peronista. Y esto responde en gran medida al objetivo de volver a establecerse como una opción política viable para el conjunto de la clase obrera argentina. Esta necesidad, mucho más que esa suerte de “gorilismo genético” señalado por sus detractores, es una de las claves principales para comprender el devenir de la relación estudiada en este trabajo entre 1946 y 1955.

Los ensayos y virajes se suceden uno tras otro, instalando la discusión al interior de las filas del propio partido. Asimismo, aun cuando los cambios políticos se visten todo el tiempo con ropajes de continuidad, surge claramente del análisis de los documentos que las marchas y contramarchas no carecen de contradicciones. Este aspecto es, en realidad, una originalidad que destaca al PCA con respecto a la actuación de la izquierda partidaria en su conjunto. Esto no significa que consideremos su línea política y sus diferentes estrategias como las correctas. No es nuestra intención aquí hacer una valoración de éstas, sino poner de manifiesto que existieron ensayos de prueba y error con el fin de posicionarse de la mejor manera posible frente al peronismo y –fundamentalmente– frente a los trabajadores argentinos. Así, frente a un fenómeno complejo y contradictorio, como el surgido al calor de la dictadura iniciada en 1943, los comunistas argentinos actuaron en consecuencia metiéndose de lleno en la discusión sobre la naturaleza de este movimiento e intentando alejarse de las interpretaciones apriorísticas. Pero para esto necesitaron el duro golpe de la derrota electoral de 1946.

B. Con respecto a las hipótesis que han intentado dar cuenta de la “traición” del PCA hacia la clase obrera, o bien de la más sutil idea del “error histórico”, podemos decir que ambas son ideas que naufragan frente a las evidencias de la historia documentada.

Por lo general, suelen mezclarse en esta cuestión dos líneas de análisis que se hace necesario distinguir. Una de ellas hace mención de la equivocación en la que incurre el comunismo en su relación con los trabajadores, al colocarse en contra de sus intereses por responder a los

lineamientos de la URSS. La otra se refiere al error del PCA para con el peronismo, a partir de una lectura incorrecta de la naturaleza de dicho fenómeno.

Con respecto a la primera vertiente de la idea del “error”, pocas dudas caben sobre el hecho de que el PCA haya seguido a pie juntillas los lineamientos trazados por Moscú y –en consecuencia– leyera al golpe del '43 como la punta de lanza del fascismo en Sudamérica. Pero respecto del peronismo en sí, si bien hasta las elecciones de 1946 el PCA lo vio como una mera continuidad del movimiento de junio, al constatar, después, el amplio apoyo obrero y popular que tenía, tal caracterización fue rápidamente revisada. Y más aún, vimos que la cuestión internacional, si bien tuvo un peso importante, no siempre se constituyó en el factor principal a la hora de definir una política determinada frente al peronismo. Por otra parte, el panorama de los años '45 y '46 era lo suficientemente complejo como para inducir las decisiones efectivamente tomadas, con lo cual, plantear las acciones que tomó el PCA en esos términos es quizás una forma apresurada y nutrida de un presentismo ahistórico, que denota un carácter mucho más valorativo que analítico. A la distancia, es ciertamente más claro señalar cuál era el derrotero que la dinámica política de esos años mostraba y cuál el rumbo que la historia iba a tomar. Esto no debe hacernos olvidar, sin embargo, que el panorama no se presentaba tan transparente para los actores involucrados en una realidad que se transformaba día a día, y que estaba además teñida inevitablemente por la polarización en la que se encontraba el mundo entero con el final de la guerra. No parece tan descabellado pensar, sin caer en argumentaciones teleológicas, que el PCA no se había “equivocado” al ver en el golpe de 1943 una avanzada del fascismo en su versión argentina, y no hacía falta esperar el diagnóstico soviético para ver en el peronismo en ascenso una imagen remozada de las experiencias totalitarias europeas. Aun así, si aceptáramos como válida la acusación y sostuviéramos que el partido incurrió en un error de apreciación, es justo señalar que lo que distinguió a la línea táctica trazada luego de la victoria del peronismo, fue el haberse movido de la postura tomada en los primeros momentos de gestación del fenómeno en ciernes, ni bien comenzó a disiparse la niebla que opacaba el desarrollo de los acontecimientos y las alianzas de clases en pugna. De igual modo, su participación en la controvertida Unión Democrática fue cuestionada por el propio PCA, aunque no inmediatamente en el nivel discursivo sí a través de acciones concretas para despegarse de aquella extraña coalición.

Respecto de la segunda línea interpretativa que también habla de un “error histórico”, pero más ligado a una incorrecta lectura del fenómeno peronista, los documentos analizados para la confección de este trabajo pueden aportar algo de claridad sobre el problema. Si bien es cierto que existió una mala lectura del peronismo hasta 1946, que la ceguera de los partidos de izquierda –obnubilados por la lucha de carácter mundial entre “fascismo” y “antifascismo”– los llevó a un enfrentamiento electoral “del otro lado de la barricada” (en palabras de J. J. Real) respecto de la

clase a la que afirmaban representar, también es necesario continuar el análisis histórico y no detenerlo –como mencionamos en la introducción de este trabajo– en dicha coyuntura, ya que es en buena medida el propio PCA quien se encargó de separar las aguas y dar cuenta hacia el interior de sus filas del mencionado “error”. Así lo refería el propio Victorio Codovilla al poco tiempo de asumir el nuevo gobierno, cuando sostenía que el principal problema para la inserción del partido en el seno de la clase obrera había sido el abandono de la conducción de sus luchas reivindicativas, perdiendo por momentos el rumbo de su tarea. La preocupación ante qué hacer frente al gobierno militar y los orígenes del peronismo los llevó a desenfocar su verdadero sujeto de interlocución. De esta leve autocrítica surgió la línea del XIº Congreso. Pero, como se confirmó años más tarde en la VIª Conferencia, el partido reconoció serias dificultades para acercarse a su preciada clase obrera, dado que se encontraba ante un obstáculo difícil de salvar para recuperar el terreno perdido, arrebatado en alguna medida por el peronismo en ascenso. Más allá del éxito o del fracaso de tal empresa, el *mea culpa* y la revisión autocrítica –poco profunda y bastante autocomplaciente– no faltaron en la dirección del partido.

C. Como vimos, 1946 marcó un quiebre en la relación entre peronismo y comunismo. Desde el triunfo electoral peronista el partido comenzó a cambiar su postura frente a Perón –pasando de la rígida oposición al “nazifascismo”, a la más maleable política de “apoyar lo bueno y criticar lo malo”– al momento de tornarse evidente que la relación entre aquél y parte de la clase obrera y del pueblo era algo más que pura “demagogia”, y adquiriría rápidamente características de “fuerza social”, donde cohabitaban en forma contradictoria sectores “progresistas” y sectores “reaccionarios”. Esta visión le permitió al PCA mantenerse momentáneamente al margen del fenómeno, cuidando la “independencia partidaria” pero sin alejarse demasiado de las “masas peronistas”, con el resultado de oscilar entre posturas muy críticas al gobierno ante determinadas coyunturas, y sostener planteos que llevaron a promover y apoyar las políticas llamadas “progresistas” ante otras.

Para aproximarse a una comprensión de estos diferentes vaivenes, fue necesario ponderar en el análisis tres procesos concomitantes pero diferentes: el determinado por la situación internacional; el que refiere a la política nacional, y el que surge del derrotero institucional del propio Partido Comunista. En ese oscilar del PCA frente al peronismo los retornos a posturas más confrontativas sucedieron ante dos tipos de coyunturas determinadas. Por un lado, cuando se vio amenazada la dirección del partido por la aparición de líneas internas “filoperonistas”. Aquí el antiperonismo circunstancial respondió más a la lógica interna de disciplina partidaria que a una lectura de la situación de relaciones de fuerza que justificara ese posicionamiento. En un primer caso, con el alejamiento de Rodolfo Puiggrós y la posterior formación del MOC –más allá de la importancia que pudiera haber tenido ese desprendimiento en términos cuantitativos u organizativos–, el PCA

respondió sin medias tintas a una potencial amenaza, e hizo propicia la ocasión para ajustar cuestiones que tenían que ver con el fortalecimiento de la autoridad al interior de la militancia. En este sentido, la ruptura mencionada no se trató quizás de un movimiento lo suficientemente fuerte como para poner en duda la legitimidad institucional de la dirigencia partidaria, justamente porque el partido actuó en forma contundente y sin miramientos, y porque cerró filas de forma inmediata y “pedagógica”. De igual modo, y como parte de la misma coyuntura, la dirigencia del PCA se encargó de aleccionar las distintas opiniones y las formas de implementar las políticas vertidas por la cúpula dirigente, combatiendo encarnizadamente el “sectarismo” como una desviación de la “práctica” más que de la ortodoxia teórica. En la segunda situación, donde la lógica partidaria determinó en buena medida la línea política nacional del partido –el caso Juan José Real–, la amenaza pareció ser aún mayor. Real funcionó como chivo expiatorio de un acercamiento al peronismo que comenzaba a poner en duda la disciplina interna. La purga fue esta vez mucho más fuerte en términos pedagógicos y se realizó luego de verificar que la prédica de Real araba en tierra fértil entre los afiliados al partido y los militantes de la Federación Juvenil Comunista.

Por otro lado, el segundo tipo de coyunturas que alejó permanentemente al PCA del peronismo, fue claramente aquella en que el gobierno adoptó posturas, en el plano internacional, contrarias a las sostenidas por la URSS, como en el caso de la guerra de Corea. Aun en una coyuntura de acercamiento pleno, el partido no se privó de criticar fuertemente la negativa de Perón a negociar con la URSS, como así también su buena predisposición para recibir a los diplomáticos norteamericanos. Y viceversa, en momentos de enfrentamiento abierto, cuando más recrudecía la política antiperonista (como desde 1953 con el “Caso Real”), el PCA se vio obligado a saludar con buenos augurios los tratados comerciales entre Perón y la Unión Soviética.

En relación con la política interna, sin dudas que ésta ejerció una influencia muy profunda en lo actuado por el PCA. Sin embargo, no pareció, en muchos casos, haber sido determinante a la hora de definir una posición contraria al peronismo. En todo caso, las cuestiones referentes a la dinámica propia del país y las acciones de gobierno fueron el material sobre el cual el PCA sentó las bases de sus análisis sobre la coyuntura nacional. Un ejemplo interesante de esta cuestión se verifica durante el viraje económico del segundo gobierno peronista. Si bien prácticamente nada del plan Gómez Morales diseñado y lanzado en 1952 resultó indemne a los disparos certeros del comunismo, éstos fueron cobrando intensidad paulatinamente hasta explotar después de que el partido produjera la ruptura con el gobierno en medio del “Caso Real”. Entretanto el plan se anunciaba y las medidas se implementaban, el PCA se encontraba viviendo una instancia de la relación que difícilmente hubiera dejado espacio para las críticas, que si bien se hicieron, no fueron del mismo tono de las que se manifestarían luego. No obstante, el giro de la política económica peronista fue allanando el camino para que el partido rectificara su rumbo con el regreso de Codovilla al país y comenzara el

enfrentamiento interno. Si bien encontramos documentos de comienzos de 1952 que dan cuenta de una tónica poco amigable para con el peronismo, nada impidió que hasta fines de ese año las relaciones siguieran siendo de acercamiento, y que una cucharada de cal se subsanara con dos –o las que hicieran falta– de arena.

Por su parte, los acercamientos hacia el peronismo sí respondieron casi exclusivamente a una serie de coyunturas nacionales. En particular, cuando la presión de los sectores más reaccionarios de la sociedad avanzaba sobre el gobierno, buscando imponer medidas políticas “contrarias a los intereses del pueblo”. Ante estos escenarios, el PCA justificó su apoyo al peronismo recordando que al interior de éste existían sectores progresistas, y que junto a ellos debía lucharse por frenar la avanzada reaccionaria, generalmente a través de la acción de masas. En este sentido, el PCA se dentro de los cauces constitucionales, alejándose claramente del intento golpista de 1951. Más aún, ese intento de golpe puede verse como el puntapié inicial para un proceso de acercamiento al peronismo, cuyo límite máximo se verifica en los momentos previos al “Caso Real”, cuando casi habían desaparecido las “críticas de lo negativo” y donde el reconocimiento de la labor progresista del gobierno peronista pintó con tonos grises una obra que en otros momentos sólo reconoció blancos y negros. En cuanto al golpe de Estado de 1955, si bien el comunismo se cuidó de reavivar el fantasma de la asimilación, se expidió claramente y sin medias tintas en contra del avance de la reacción, manteniendo –en principio– una lectura de la situación en base al análisis de las contradicciones internas del peronismo.

Finalmente, en relación con la incidencia de la represión del gobierno peronista en la toma de posiciones del Partido Comunista, es importante remarcar que este gobierno no fue, en realidad, novedoso en cuanto a proscripciones y persecuciones hacia los militantes comunistas con respecto a la década del ‘20 o del ‘30. Lo cierto es que, en términos institucionales, el PCA no sufrió durante el período 1945-1955 ningún tipo de prohibición formal para ejercer sus actividades políticas (no así la Federación Juvenil que fue clausurada en 1950), y las dificultades para hacerlo no fueron muy distintas de las que acusaron otros sectores de la oposición. Ahora bien, la represión cotidiana, la cárcel para los sindicalistas comunistas, las torturas denunciadas por muchos, seguramente tuvieron que ver en los momentos de mayores rispideces entre el gobierno y el PCA; pero es algo que por el momento sólo podemos conjeturar, pues no sabemos cuál pudo haber sido el grado real de incidencia en la toma de posiciones del partido.